



Siguiendo las huellas de Elicia en la *Tragicomedia*

Joseph T. Snow
Michigan State University, Emérito

RESUMEN:

Se estudian y analizan las menciones y apariciones de Elicia en la *Tragicomedia* de 21 autos para poder evaluar su perfil psicológico. Ella es una prostituta del burdel de Celestina que ama a Sempronio. Con ambos expresa enojo e irascibilidad porque desea vivir un presente placentero. Tiene celos de las mujeres que menciona su amante; comenta a Celestina que odia sus oficios; finalmente es testigo de su asesinato. Fallecidos los dos, es cuando puede evaluar lo que significaban para ella (Sempronio como «marido» y Celestina como «mi bien todo»). Con Areúsa, su prima, se lleva bien y le admira. Los responsables de su pérdida, según Elicia y Areúsa, son Calisto y Melibea.

PALABRAS CLAVE: Elicia, perfil psicológico, estados emocionales, celos, comportamientos contradictorios

ABSTRACT:

Presented in detail are the mentions and appearances in the 21-act *Tragicomedia* of Elicia, a prostitute in Celestina's bordello with a lover, Sempronio. With both, she alternates between caring for them and being irascible, showing contradictory emotions. She craves living for pleasure, a life of carpe diem. Any female Sempronio praises makes her furiously jealous. She claims to hate Celestina's other offices, and then is a witness to her assassination. After Sempronio also dies is when she expresses what each truly meant to her: he was a «husband» and Celestina was her utmost good. It is Areúsa, her cousin, that Elicia best relates to and admires, and both find Calisto and Melibea responsible for the deaths of their lovers and Celestina.

KEYWORDS: Elicia, psychological profile, emotional states, jealousy, contradictory behaviors

Para Remedios Prieto de la Iglesia
y Antonio Sánchez Sánchez-Serrano

Íncipit

Los autores de la *Tragicomedia de Calisto y Melibea* (TCM) crearon trece personajes originales —sin recurrir a tipos o estereotipos— que figuran en los diálogos de la obra.¹ En este estudio, queremos detenernos en cómo concibieron el personaje de la prostitu-

1.— Hay un personaje que figura brevemente en el auto I pero no habla, se trata de Crito, a quien Elicia debe esconder en la camarilla de las escobas al llegar Sempronio a la puerta de la casa de Celestina.

ta, Elicia, que vive y trabaja en la casa-burdel de Celestina, aunque no hay indicación de cuánto tiempo lleva allí ni cuántos años tiene. Mantiene como amigo y amante a Sempronio, el criado mayor y más favorecido de Calisto. Esta relación lleva bastante tiempo, como veremos.

Elicia figuró en la primera versión de solo dieciséis autos de la *Comedia de Calisto y Melibea*, pero los autores —en los cinco autos añadidos para crear la TCM— le proporcionaron a ella y a su prima Areúsa unos roles más importantes.² Y es que su papel en la obra crece porque en la *Comedia*, Elicia había ya perdido en el Auto XII tanto a su madre Celestina —asesinada— como a su principal amigo, Sempronio, degollado por ser uno de sus asesinos.³ En la versión ampliada añadieron nuevas actuaciones para castigar a los culpables de esas muertes que, para Elicia (y para Areúsa), eran Calisto y Melibea.

Conociendo a Elicia

Lo primero que tendré en cuenta es cómo se introduce a Elicia en el texto. En el Auto I, Calisto reprende a su criado Sempronio que intenta persuadir a su amo para que no siga pensando en su diosa Melibea con estas palabras: «Torpe cosa es mentir el que enseña a otro, pues que tú te precias de loar a tu amiga Elicia». Es la primera mención al personaje de Elicia, como si fuera para Sempronio el equivalente a la ‘Melibea’ de Calisto. La réplica de Sempronio es rápida: «Haz tú lo que bien digo y no lo que mal hago [...] que sometes la dignidad del hombre a la imperfección de la flaca muger» (237).⁴

Es evidente que Sempronio había mencionado a menudo el nombre de su amiga Elicia en conversaciones con su amo, aunque nunca especificando el lugar donde vive ni con quién. Ahora, por la familiaridad de Sempronio con Celestina, una alcahueta que podría ayudarle en su deseo de poder hablar con Melibea —quien le había rechazado en la primera escena de la obra— Calisto ordena a su criado que vaya a hablar con la tercera y, sin saberlo, a la casa donde vive la muy loada Elicia.

La actuación de Elicia en su primera aparición dialógica en la obra merece la perspicaz atención de los lectores. Llega Sempronio a casa de Celestina —sin avisar— para hablar sobre la petición de Calisto. Justo en ese momento, Elicia está arriba con un cliente, Crito. Reacciona con enfado porque hace tres días que Sempronio no ha ido a verla y llega justo cuando está ocupada en su profesión. Los lectores tendremos que concluir que tantos días son excesivos para su relación. Desde el piso superior, Elicia echa en cara a Sempronio que: «Tres días ha que no me ves. ¡Nunca Dios te vea! ¡Nunca Dios te consuele ni visite! ¡Guay de la triste que en ti tiene su esperanza y el fin de todo su bien!» (251, énfasis añadido). A pesar de su enfado, Elicia deja escapar que se siente unida a Sempronio y espera más de él.

2.– Sobre la concepción de Areúsa, ver J. T. Snow, «Cómo los autores de *Celestina* concibieron el personaje de Areúsa», *Celestinesca* 43 (2019), pp. 221-240.

3.– Dirá Sosia a Tristán en el auto XIV, viendo a Elicia llegar a la casa de Areúsa: «Mira aquella lutosa que se limpia agora las lágrimas de los ojos. Aquélla es Elicia, criada de Celestina y amiga de Sempronio; una muy bonita moça, aunque agora perdida la pecadora, porque tenía a Celestina por madre y a Sempronio por *el principal de sus amigos*» (529-530, énfasis añadido).

4.– Todas las citas de la TCM se encuentran en la edición de Peter E. Russell.

Sempronio percibe entonces sonidos arriba que no los hace Elicia; ruidos que Celestina se apresurará en explicar mediante una mentira, declarando que los hacía una joven que le había encomendado un fraile, un evento que en su casa-burdel sería perfectamente plausible. Pero Elicia, todavía enojada, le dice con malicia: «¿Quién? Un mi enamorado». Y cuando Sempronio aparentemente se lo cree, Elicia le espeta estas palabras de desafío: «¡Alahé, verdad es! Sube allá y verle has» (251). Pero Sempronio, acercándose a la escalera, comenta que solo quiere ver a la joven muchacha que Celestina acaba de inventar sobre la marcha. Pero Elicia, ahora mostrando celos, no puede más y explota: «¡Ha, don malvado! ¿Verla quieres? ¡Los ojos se te saltan, que no basta a ti ni una ni otra! ¡Anda, véela y dexa a mí para siempre!» (252).

Con esta amenaza de perder a Elicia, cede Sempronio en su empeño, explicándoles a ambas la verdadera razón de su inesperada visita, que era hablar con Celestina de un negocio privado. Elicia sigue enojada por los tres días que no se ha acercado a verla y grita: «¡Anda, anda! ¡Vete desconocido, y está otros tres años que no me vuelvas a ver!» (252). En su rabia, los ‘tres días’ se ampliaron a ‘tres años.’ Salen a la calle Celestina y Sempronio, despidiéndose Celestina de Elicia: «Elicia, quédate a Dios. Cierra la puerta» (253). Elicia sigue enojada.

Los autores han querido que veamos a Elicia en su primera aparición textual como una prostituta joven y mentirosa, preparada para realizar junto con Celestina los engaños necesarios para desviar las sospechas del «principal de sus amigos» (ver nota 3), pero conservando al mismo tiempo su amistad. Así los lectores perciben a Elicia con un temperamento irascible, celosa y capaz de sobreactuar.

En lo que queda del largo Auto I hay otra mención a Elicia. Celestina, hablando más tarde con Pármeneo —cuando le está intentando convencer para que se una a una confederación que ella ya había formado con Sempronio para aprovecharse de las dádivas de un Calisto desesperadamente enamorado de Melibea— intuye que el barbilampiño joven querría iniciarse en el amor sexual y exclama a propósito: «¡O si quisieses, Pármeneo, qué vida gozaríamos! Sempronio ama a Elicia, prima de Areúsa» (253). De esta manera, los autores de la obra anuncian las relaciones próximas de Elicia y Areúsa en la trama, a la vez que los lectores pueden conocer nuevas facetas de la personalidad y psicología de Elicia. Y son estos aspectos los que se incluirán en los autos que se añadieron para formar la *Tragicomedia*.

El Auto II transcurre en casa de Calisto; Elicia no figura en él, pero en el Auto III, solo unas horas más tarde del mismo día, se incorpora de nuevo cuando Calisto manda a Sempronio que acompañe a la alcahueta-embajadora a su casa, una vez que le ha dado a la vieja cien monedas de oro para que realice la prometida embajada suasoria a Melibea. Elicia, al ver a Sempronio aparecer por segunda vez ese mismo día, reacciona con sorpresa: «¡Santiguarme quiero, Sempronio! ¡Quiero hazer una raya en el agua! ¿Qué novedad es ésta, venir oy acá dos veces?» (305). No se expresa con el enojo de la primera vez, porque ahora no está con un cliente.

Es más, las dos, Elicia y Celestina, siguen con la farsa teatral representada en el Auto I, al preguntar la vieja alcahueta si se había ido ya ‘la moça’ que le mandó el fraile. Sin perder un segundo, Elicia responde que sí y además vino otra y se fue. Conversación que Sempronio no entiende, pero nosotros los lectores sí, al imaginar que Crito se fue y ha venido otro

cliente que se ha ido también. El uso del femenino ha engañado a Sempronio dos veces, pero al mismo tiempo preservando su amor por Elicia.

Celestina como embajadora de Calisto, pero también hechicera, se propone realizar un conjuro mágico que le ayude en sus gestiones. Pide a Elicia que le baje de su laboratorio unas pócimas para hacer el hechizo. No encontrándolas, Elicia regaña por primera vez en la obra a quien considera su ‘madre’ por su mala memoria. La respuesta de Celestina, estando presente Sempronio, no tarda en llegar. Reprime a Elicia alegando que Sempronio «más me quiere a mí por consejera que a ti por amiga, *aunque tú le ames mucho*» (307, énfasis añadido). Elicia, entregándole otros ungüentos que sí había localizado, se rinde a su pasión amorosa y anuncia a Celestina: «Yo me subo. Y Sempronio, arriba» (307). La joven muchacha, desaparecido su anterior enfado con Sempronio, confirma lo que Celestina acaba de decir. La pareja de amantes hará el amor arriba mientras la vieja hechicera conjura a Plutón abajo. ¿Ama mucho Elicia a Sempronio, como asevera Celestina? La respuesta a esta pregunta se aclarará más tarde.

Elicia tampoco aparece en el Auto IV; solo se la menciona en una conversación entre la vieja alcahueta y Lucrecia —otra prima de Elicia y Areúsa— a la puerta de la casa de Pleberio. Lucrecia, criada y compañera de Melibea, pregunta a Celestina la razón de su presencia en «éstos barrios no acostumbrados» (315). La alcahueta-hechicera alude esta excusa: «Hija, mi amor: desseo de todos vosotros; *traerte encomiendas de Elicia*. Y aun ver a tus señoras, vieja y moça» (315, énfasis añadido). Elicia, la prima de Lucrecia, sale a colación para suavizar la no esperada reaparición de Celestina.⁵

Efectivamente, no volveremos a saber más de Elicia hasta el final del Auto VII, cuando Celestina regresa muy tarde a casa, habiendo por fin conseguido meter en la cama de su prima Areúsa al virginal Pármeno, a quien había prometido entregársela en el Auto I (276). Pero de estos sucesos Elicia no sabrá nada hasta más tarde. Al contrario, está enojada y frustrada con su ‘madre’ y le critica: «¿Andar de noche es tu plazer? ¿Por qué lo hazes?». Esta nueva reprobación de Elicia se explica a raíz de lo que había sucedido durante su ausencia aquella tarde. Elicia le regaña por un negocio perdido:

Que has sido oy buscada del padre de la desposada que levaste el día de Pascua al racionero; que la quiere casar de aquí a tres días y es menester que la remedies, pues que se lo prometiste, para que no sienta su marido la falta de la virginidad. (395)

Y cuando Celestina no recuerda a quién se refiere Elicia, la joven critica de nuevo la mala memoria de su ‘madre’: «¿Cómo no te acuerdas? Desacordada eres, cierto, ¡O cómo caduca la memoria!» (395).

En esta coyuntura, los autores de la obra continúan profundizando en la psicología de Elicia. Celestina razona como una buena madre, dirigiéndose a Elicia: «(...) ¿Por qué no tomavas el aparejo y comenzavas a hazer algo? Pues en aquellas tales te havías de abezar y provar de quantas veces me lo has visto hazer» (396). La joven evidentemente ha participado varias veces ayudándola en la restauración de hímenes de mozas que habían perdido su virginidad. Pero hoy, la vieja alcahueta ausente, Elicia no ha tomado la iniciativa, por lo cual Celestina la amonesta.

5.- Efectivamente, eran vecinas Alisa y Celestina del mismo barrio, pero hacía dos años que la alcahueta se había mudado, por lo que durante esos años Alisa y Melibea «no han sido de mí visitadas» (315).

Es el momento para que Celestina se queje de Elicia, trayendo a cuenta su abuela fallecida con quien ella había trabajado: «Hazíalo yo mejor quando tu abuela, que Dios haya, me mostrava este oficio; que a cabo de un año sabía más que ella». La reacción de la muchacha a lo dicho por su 'madre' descubrirá a los lectores a una verdad que hasta entonces nunca había confesado: «Yo le tengo a este oficio odio; tú mueres tras ello» (396, énfasis añadido). Su pupila no tiene ganas de realizar sola ese 'oficio', pero seguirá ayudando a su 'madre' por ser una cuestión de gratitud y también para poder seguir conviviendo con ella.

Elicia es la única prostituta que ahora está en la casa de Celestina, por lo que ha tenido que ayudarla en sus varios oficios. Elicia, que sí puede ayudar económicamente cuando gana dinero con sus clientes (como Crito y los demás), confiesa que, fuera de su oficio como prostituta, odia los otros quehaceres que ejerce la vieja alcahueta-hechicera. Es en este momento que sale su callado odio a las demás ocupaciones de su 'madre', cuando comprobamos la ironía de la muy conocida remendadora de vírgenes: «Pobre vejez quieres. ¿Piensas que nunca has de salir de mi lado?» (396). ¿Cuál es la ironía sugerida por los autores de la TCM en esta pregunta?

Pues, sin poder sospecharlo ninguna de las dos, tal momento se está acercando, pero al revés de cómo Celestina se lo ha preguntado a Elicia. Efectivamente, la joven pupila será testigo del asesinato de su 'madre y bien todo' en el Auto XII, por lo que no es ella quien sale del lado de su 'madre', sino que será Celestina quien desaparecerá. Posteriormente, en el Auto XV, los lectores conoceremos lo que de verdad siente la joven prostituta sobre la cohabitación con su 'madre'. Pero lo que más anhela ahora Elicia es una versión hedonista del *carpe diem*. Pongamos atención a lo que dice rogando a Celestina:

Por Dios, dexemos enojo [...]. Ayamos mucho plazer. Mientras oy toviéramos de comer, no pensemos en mañana. [...] No havemos de vivir para siempre. Gozemos y holguemos; que la vejez pocos la veen, y de los que la veen ninguno murió de hambre. No quiero en este mundo sino día y victo y parte en paraíso. [...] No hay ninguno que no trocasse mi plazer por sus dineros. Dexemos cuydados agenos y acostémonos [...] que más me engordará un buen sueño sin temor, que quanto thesoro ay en Venecia. (396-397)

La joven pupila no piensa en el futuro, solo quiere vivir lo mejor posible el presente. Las incursiones en su manera de entender cómo quiere y prefiere vivir, como hemos visto, le causan emociones fuertes y mucha irascibilidad.

En el Auto VIII, Pármeneo vuelve a casa la mañana siguiente después de hacer el amor con Areúsa toda la noche, y se da cuenta de que le está esperando Sempronio. Éste, viendo la euforia en su cara, no acepta que haya perdido su virginidad, y menos con la bella Areúsa. Intuye que la causante de esta alegría en el joven criado ha sido Celestina, por lo que le pregunta: «¿Qué es esto, desvariado? ¿Ya todos amamos? ¡El mundo se va a perder! Calisto a Melibea, yo a Elicia; tú, de embidia, has buscado con quien perder esse poco de seso que tienes» (401-402, énfasis añadido). Pármeneo pide en ese momento a Sempronio que le acompañe a casa de Celestina para que los dos nuevos «hermanos» (406) disfruten de una rica comida con Areúsa y con Elicia. Sempronio, que ha hecho el amor con Elicia en el auto III, prevé una buena recepción por parte de Elicia, a quien de veras ama.

En el Auto IX, Sempronio y Pármeneo entran en casa de la alcahueta con viandas y vinos sustraídos de la alacena de Calisto; Celestina alerta a las dos primas de la llegada de ambos con cierto humor: «¡Mochachas, mochachas! ¡Andad acá baxo presto, que están aquí dos hombres que me quieren forçar!» (418). Todo parece indicar que la comida dará comienzo en un ambiente festivo y jocoso. Pero de nuevo Elicia será la que enturbie tal ambiente, quejándose de nuevo de la tardanza de Sempronio:

¡Mas nunca acá vinieran! ¡Y mucho tiempo combidar con tiempo! Que ha tres horas que está aquí mi prima. Este perezoso de Sempronio havrá sido causa de la tardança, que no ha ojos por dó verme. (418)

Su estado anímico egocéntrico no se suavizará cuando le diga Sempronio: «mi señora, mi vida, mis amores», declarando que quien sirve a otro no siempre es libre, por lo que deben asentarse todos a comer y disfrutar. Elicia gruñe: «¡A mesa puesta con manos lavadas y poca vergüença!» (418). Celestina consigue que se sienten los cuatro junto a ella con un vaso de buen vino. Sempronio intentará suavizar el ambiente, elogiando a la vieja trotaconventos con estas palabras:

Tía señora, a todos nos sabe bien, comiendo y hablando; porque después no havrá tiempo para entender en los amores de nuestro amo y de *aquella graciosa y gentil Melibea*. (420, énfasis añadido)

Elicia no da crédito a lo que acaba de escuchar. No puede más; irrumpe con furia al oír a su amado Sempronio alabar a Melibea:

¡Apártateme allá, desabrido, enojoso! ¡Mal provecho te haga lo que comes, tal comida me has dado! ¡Por mi alma, revesar quiero quanto tengo en el cuerpo de asco de oírte llamar a *aquella 'gentil'*! ¡Mirad quién gentil! ¡Jesú, Jesú! ¡Y qué hastío y enojo es poca vergüença! *¿A quién gentil? ¡Mal me haga Dios si ella lo es, ni parte tiene dello, sino que ay ojos que de lagaña se agradan!* Santiguarme quiero de tu necedad y poco conocimiento. ¡O quién estoviesse de gana para disputar contigo su hermosura y gentileza! *¿Gentil, gentil es Melibea? (...) Aquella hermosura por una moneda se compra de la tienda.* Por cierto, que conozco yo en la calle donde ella vive quatro donzellas en quien Dios más repartió su gracia que no en Melibea, que si algo tiene de hermosura es por buenos atavíos que trae. Ponedlos en un palo, también dirés que es gentil. *¡Por mi vida, que no lo digo por alabarme, mas creo que soy tan hermosa como vuestra Melibea!* (420-421, énfasis añadido)

Como se puede comprobar, Elicia quiere que todo lo que le rodea sea de su agrado y cuando no lo consigue pierde el equilibrio emocional. El no venir a verla Sempronio durante tres días y el estar esperándole tres horas una vez que Areúsa ha llegado, son temas que le irritan, ahora bien, llamar a Melibea 'gentil' excede su paciencia. Los autores de la TCM hacen hincapié en esta última frase de la joven muchacha con la que intentan evidenciar sus celos hacia cualquier mujer que le sea agradable a Sempronio, a pesar de que él la ama (se lo ha dicho a Pármeneo en el Auto VIII) y acaba de decirle que ella es su 'señora, vida y amores' (418). Elicia no puede controlar sus emociones y exagera hasta el punto de caer en una falsa afirmación: «¡Havía yo de comer con esse malvado que en mi cara me ha porfiado que *es más gentil su andrajo de Melibea que yo?*» (424). Inventa así una comparación que nunca hizo Sempronio. En su furia, ha perdido toda sensatez, todo equilibrio, volviéndose loca de celos.

Posteriormente interviene Areúsa, describiendo y falsificando la apariencia de Melibea, pero a otro nivel. Sempronio afirma que nadie en la ciudad piensa como ellas sobre la querida hija de Pleberio. Lo cual, dicho por Sempronio, alarma todavía más a Elicia, quien responde en términos absolutos:

Ninguna cosa es más lexos de verdad que la vulgar opinión. Nunca alegre vivirás si por voluntad de muchos te riges. Porque éstas son conclusiones verdaderas: *que qualquier cosa que el vulgo piensa es vanidad; lo que fabla, falsedad; lo que reprueba es bondad; lo que aprueba, maldad.* Y pues éste es su más cierto uso y costumbre, no juzgues la bondad y hermosura de Melibea, por esso, ser la que afirmas. (422-423, énfasis añadido)

Critica a Sempronio por pensar como el vulgo, atribuyendo a Melibea valores que ella no posee. Cansada Areúsa de tantas irrupciones de su prima, le ruega volver a la mesa. Elicia se sienta a regañadientes, excusándose así con Areúsa: «Necessidad de complazer te me haze contentar a esse enemigo mío y usar de virtud con todos». Sempronio ante la alusión sonrío y Elicia le replica con sarna: «¿De qué te ríes? De mala cancre sea comida essa boca desgraciada y enojosa» (424).

El criado, para asegurar a Elicia de que es muy querida, dirige estas palabras a Celestina, pero evidentemente pensadas para que las escuche su enamorada:

Señora, [...] aquí está *quien me causó algún tiempo andar fecho otro Calisto*, perdiendo el sentido [...], los días mal durmiendo, las noches todas velando [...], saltando paredes, poniendo cada día la vida al tablero [...], haciendo coplas [...] y otros mil actos de enamorado. *Pero todo lo doy por bien empleado, pues tal joya gané.* (426-427, énfasis añadido)

Se puede especular sobre la reacción de Elicia ante estas comparaciones de Sempronio con Calisto, pero lo que los lectores aprecian es una joven que no ha conocido ninguno de esos «actos de enamorado», por lo que se jactará de sus muchos pretendientes:

¡Mucho piensas que me tienes ganada! Pues hágote cierto que no as tú vuelto la cabeça, quando está en casa otro que más quiero, más gracioso que tú, y aun, que no anda buscando cómo me dar enojo. ¡A cabo de un año que me vienes a ver, tarde y con mal! (427)

Muchos de estos parlamentos suenan a escenas teatrales, exagerando los dos sus distintos puntos de vista; pero pronto la anfitriona Celestina tendrá a los cuatro, Areúsa con Pármeneo y Elicia con Sempronio, con zalamerías sexuales, hasta que la alcahueta tenga que amonestarles: «¡Mira no derribés la mesa!» (428). El frenesí sexual continuará hasta que lo interrumpe un toque a la puerta. Será Elicia quien reconozca la voz: «Madre, a la puerta llaman; *el solaz es derramado.* (...) o la voz me engaña, o es mi prima Lucrecia» (428, énfasis añadido). Aunque Elicia no hable más en lo que queda del Auto IX, ha terminado —a pesar de su enojo— haciendo «solaces» con Sempronio, repitiendo así las mismas secuencias observadas en el Auto I y el III.

Elicia no figura en el Auto X, cuando Lucrecia pide a Celestina que la acompañe a casa de Melibea; lugar en el que la joven dama acepta a Celestina como segunda madre al confesar su secreto amor por Calisto. Muy satisfecha del éxito de su embajada, una Celestina triunfal va rápidamente a casa de Calisto para jactarse de sus logros en el Auto XI. La

alcahueta, después de su visita a casa de Calisto, regresa tarde a la suya, pero esta vez su pupila la espera con ansias. La joven ahora está preocupada por su tardanza, preguntándole: «Cómo vienes tan tarde? No lo debes hazer, que eres vieja. Tropeçarás donde caygas, y mueras» (467).

Celestina se da cuenta de que Sempronio, Pármeno y Areúsa se han ido, y que es bastante tarde, por lo que le comenta a una Elicia, ahora más tranquila, que deben cenar y dormir. Los autores dejan a los lectores imaginar que las dos parejas, al salir Celestina con Lucrecia, no dejarían de disfrutar por muchas horas de los solaces sexuales interrumpidos en el momento de la llegada de la criada de Melibea.

En el Auto XII, Elicia y Celestina están en casa cuando, en la oscura madrugada, llegan Sempronio y Pármeno reclamando con amenazas sus terceras partes de las dádivas de Calisto, y específicamente de la cadena de oro regalada hace poco a Celestina por traerle una Melibea más suya que de su padre Pleberio. La vieja alcahueta miente a sus confederados sobre la cadena, por lo que los dos sacan sus espadas y Celestina grita: «¡Elicia, Elicia! ¡Levántate de esa cama, da acá mi manto presto, que, por los sanctos de Dios, para aquella justicia me vaya, bramando como una loca!» (497). Elicia, al ver a Sempronio con la espada levantada, grita a Pármeno: «Tenle, Pármeno, tenle; no la mate ese desvariado» (498). Pero muere brutalmente la avarienta Celestina pidiendo confesión. Las palabras de Elicia son de una profunda sinceridad, sentida y honesta: «¡O crueles enemigos! (...) ¡Muerta es mi madre y mi bien todo!» (499, énfasis añadido). ¿Quién la mató? Su amado Sempronio. ¿Le recrimina el haberla asesinado? Ya veremos lo que opina de su querido Sempronio en el Auto XV cuando lo degollaron en la plaza horas más tarde.

Esta escena del asesinato será narrada a Calisto y Tristán por Sosia en el Auto XIII, después de que haya presenciado la ejecución de Sempronio y Pármeno en la plaza pública antes del amanecer. ¿Y a quién mataron?, le pregunta Calisto. Pues, a Celestina, afirmando: «Ella mesma es. De más de treynta estocadas la vi llagada, tendida en su casa, llorándola una su criada!» (506). Esta alusión a la destrozada Elicia es la única mención —en boca de Sosia— del Auto XIII. La joven pupila reconoce y siente lo que puede ser su vida sin «su madre y su bien todo».

Poco tiempo después, en el Auto XIV, Elicia irá a casa de Areúsa con la noticia del asesinato de Celestina y la ejecución de Sempronio y Pármeno. Antes de llegar a casa de su prima es apercebida desde la ventana de la casa de Calisto por Sosia y Tristán. Sosia dice a su compañero:

Llégate acá y verla has antes que transponga. Mira aquella lutosa que se limpia agora las lágrimas de los ojos. Aquélla es Elicia, criada de Celestina y amiga de Sempronio; una muy bonita moça, aunque agora perdida de pecadora, porque tenía a Celestina por madre y a Sempronio por el principal de sus amigos. (529-530)

Es la descripción de Elicia en boca de un personaje nuevo, Sosia, que la conoce y puede opinar que es «bonita» y «pecadora» —ejerciendo su profesión en el burdel de Celestina— donde la había visto la noche anterior llorando sobre el cadáver de su ‘madre’. Al mismo tiempo, informa a Tristán que era Sempronio *el principal* de sus amigos. ¿Conoce Sosia otros de sus «amigos», o sea, otros clientes de Elicia?

Elicia y Areúsa son el centro del Auto XV (uno de los cinco autos añadidos a la *Comedia* para crear la *Tragicomedia*). La privación de Pármeneo, el nuevo amante de Areúsa, junto con la pérdida de Sempronio, hace que Elicia sienta por su prima más solidaridad. Al inicio del Auto XV Areúsa está en el interior de su casa discutiendo con un amante antiguo, Centurio (personaje que solo figura en los autos añadidos), por no haberle hecho un favor recientemente.

Areúsa, cuando ve a su prima vestida de negro, queda sobresaltada y le pide una explicación. Su prima, entre lágrimas, cuenta:

¡Ay, prima mía y mi amor! Sempronio y Pármeneo ya no biven, ya no son en el mundo. Sus ánimas ya están purgando su yerro. Ya son libres desta triste vida [...] Oye a la triste, que te contará más queixas. Celestina, aquella que tú bien conociste, aquella que yo tenía por madre, aquella que me regalava, aquella que me encubría, aquella con quien yo me honrrava entre mis yguales, aquella por quien yo era conocida en toda la ciudad y arrabales, ya está dando cuenta de sus obras. Mill cuchilladas le vi dar a mis ojos; en mi regaço me la mataron. (534)

Elicia se expresa aquí con una elocuencia especial, detallando en una serie de frases todo lo que debía a su madre Celestina. Pero su tendencia a la exageración no le abandona en lo de las «mil» cuchilladas y en lo de «en mi regaço».

Areúsa le pide que siga explicando los detalles de estos asesinatos, comentando que no hacía ni una semana estaban vivos, por lo que Elicia le da más detalles de lo sucedido, de los que Areúsa era desconocedora:

Ya oýste dezir, hermana, los amores de Calisto y la loca de Melibea. Bien verías cómo Celestina avía tomado el cargo, por intercessión de Sempronio, de ser medianera, pagándole su trabajo. La qual puso tanta diligencia y solicitud, que a la segunda açadonada sacó agua. Pues, como Calisto tan presto vido buen concierto en cosa que jamás lo esperaba, a bueltas de otras cosas dio a la desdichada de mi tía una cadena de oro. [...] quando se vido tan rica, alçóse con su ganancia y no quiso dar parte a Sempronio ni a Pármeneo dello, lo qual avía quedado entre ellos que partiessen lo que Calisto diesse. Pues, como ellos viniessen cansados de una mañana de acompañar a su amo toda la noche, muy ayrados [...], pidieron su parte a Celestina de la cadena para remediarse. Ella púsose en negarles la convención y promesa y dezir que todo era suyo lo ganado [...]. Assí que ellos, muy enojados, por una parte los aquejava la necesidad, que priva todo amor; por otra, el enojo grande y cansancio que traían, que acarrear alteración; por otra vían la fe quebrada de su mayor esperança. No sabían qué hazer. Estuvieron gran rato en palabras. Al fin, viéndola tan cobdiciosa, perseverando en su negar, echaron manos a sus espadas y dieronle mil cuchilladas. [...] Ellos, como ovieron hecho el delicto, por huyr de la justicia, que acaso passava por allí, saltaron de las ventanas, y quasi muertos los prendieron y sin más dilación los degollaron. (535-536).

Enterada de lo acontecido, Areúsa tiene dos emociones: una es la pena que siente por la pérdida de Pármeneo; la otra es más realista, la de aceptar que los tres no van a volver a la vida y concibe un plan de venganza. No así Elicia, que sigue medio loca por encontrarse sola en el mundo: «¿Adónde yré, que pierdo madre, manto y abrigo; pierdo amigo, y tal que nunca faltava de mí marido?». Sempronio era, pues, como un «marido» para Elicia y

no solo, como dice Sosia, el «principal de sus amigos». Y el hecho de haber sido el asesino de Celestina no cambia su amor por él, puesto que Elicia reconoce —en lo que le comenta a Areúsa— que su madre se negó a compartir lo acordado con él (y con Pármeno) de lo ganado a Calisto, pero atribuye la responsabilidad de la muerte de ambos criados a Calisto y Melibea, por ser:

[...] causadores de tantas muertes! ¡Mal fin ayan vuestros amores, en mal sabor se conviertan vuestros dulces placeres! Tórnese lloro vuestra gloria, trabajo vuestro descanso. Las yervas deleytosas donde tomáys los hurtados solazes se conviertan en culebras, los cantares se os tornen lloro, los sombrosos árboles del huerto se sequen con vuestra vista, sus flores olorosas se tornen de negra color. (537)

Estos deseos de la enojada Elicia son un anticipo metafórico de las dos tragedias finales.

Es Melibea quien acusa más intensamente la repugnancia que siente Elicia: «y de lo que más dolor siento es ver que por esso no dexa aquel vil de poco sentimiento [Calisto] de ver y visitar cada noche a su estiércol de Melibea; y ella muy ufana en ver sangre vertida por su servicio» (538, énfasis añadido). Sigue Areúsa con la determinación de vengarse de los amantes Calisto y Melibea por las muertes de Pármeno y Sempronio, para lo cual le pregunta a Elicia cómo podría obtener información de las noches que el joven galán visita el huerto de Melibea, a lo que Elicia le sugiere: «Yo conozco, amiga, otro compañero de Pármeno, moço de caballos, que se llama Sosia, que le acompaña cada noche. (...) Y éste será buen camino para lo que dizes» (539).

Areúsa implora a Elicia que hable pronto con Sosia para que vaya a su casa, haciéndole creer que sería el deseado sustituto de Pármeno como amante. Pero será solo para que —conociendo las noches en las que se verán los enamorados— pueda pedir que uno de sus amantes del pasado, Centurio, mate con su espada a Calisto.

Areúsa, viendo y sintiendo la profunda soledad de Elicia, la invita a venir a vivir con ella. Pero Elicia no acepta dicha propuesta, alegando:

Que allí, hermana, soy conocida, allí estoy aperrochada. Jamás perderá aquella casa el nombre de Celestina, que Dios aya. Siempre acuden allí moças conocidas y allegadas, medio parientes de las que ella crió. [...] Y también esos pocos amigos que me quedan. no me saben otra morada. [...] Allí quiero estar, siquiera por que el alquilé de la casa está pagado por ogaño; no se vaya en balde. [...] De lo dicho me llevo el cargo. Dios quede contigo, que me voy. (541-542, énfasis añadido)

El Auto XVI transcurre en casa de Melibea y habrá que esperar al Auto XVII para seguir analizando las apariciones de Elicia, por lo que creemos que no habrá pasado sola muchos días en casa de la asesinada Celestina. En el entretanto, sí ha hablado con Sosia para que fuera a casa de Areúsa. Es por lo que, al comenzar el Auto XVII, se acerca a casa de su prima para comprobar si había ido Sosia, pero también con otros sentimientos sobre seguir viviendo sola en casa de su ‘madre’ Celestina. En un soliloquio habla para sí y para los lectores:

Mal me va con este luto. Poco se visita mi casa. Poco se pasea mi calle. Ya no veo las músicas de la alvorada, ya no las canciones de mis amigos, ya no las cuchilladas ni ruidos de noche por mi causa; y lo que peor siento, que ni blanca ni presente veo entrar por mi puerta. De todo esto me tengo yo la culpa, que si

tomara el consejo de aquella que bien me quiere, de aquella verdadera hermana, quando el otro día le llevé las noticias deste triste negocio que esta mi mengua ha acarreado, no me viera agora entre dos paredes sola, que de asco ya no ay quien me vea. (553-554)

Ahora, una arrepentida Elicia quiere dejar el luto, volver a maquillarse, llevar otras ropas y tocas, teñir su pelo rubio, etc., mientras espera encontrar a Areúsa sola en su casa. Llama a la puerta de su prima y entra. Casi inmediatamente, golpean de nuevo a la puerta y exclama Elicia: «A tu puerta llaman. Poco espacio nos dan para hablar, que te quería preguntar si avía venido acá Sosia» (556). Es Sosia quien toca a la puerta. Areúsa esconde a Elicia detrás de una cortina para que escuche y aprecie su arte de seducción.

Mientras Elicia oye a Areúsa embaucar al pobre mozo de caballos de Calisto, murmura su admiración en voz baja: «¡O hideputa de pelón, y cómo se desasna! ¡Quién le ve yr al agua con sus cavallos, en cerro, y sus piernas de fuera, en sayo!; ¡y agora en verse medrado con calças y capas, sálenle alas y lengua!» (557). Ella le había recomendado que tenía que presentarse lo mejor posible si quería ser el sucesor de Pármeneo en los afectos de Areúsa. Una vez extraída por Areúsa la información necesaria para avanzar en su plan de venganza, Elicia alaba el arte de seducción de su prima: «¡O sabia muger! ¡O despidiente propio, qual le merece el asno que ha vaziado su secreto tan de ligero!» (561).⁶

En el Auto XVIII, Elicia y Areúsa van con la información de qué noche irá Calisto a ver a Melibea a casa de Centurio para pactar el escarmiento a los amantes concebido por Areúsa. Pero cuando la propia Areúsa duda unos segundos en seguir el plan previsto, es Elicia quien la impulsa hacia la puerta de Centurio, diciendo:

Torna, por mi amor, no te vayas; si no, en mis manos dexarás el medio manto. [...] Maravillada estoy, prima, de tu buen seso. ¿Quál hombre ay tan loco y fuera de razón que no huelgue de ser visitado, mayormente de mugeres? Llégate acá, señor Centurio, que en cargo de mi alma, por fuerça haga que te abraçe, que yo pagaré la fruta! (564)

Sigue Areúsa molesta con Centurio por no haberle hecho un favor hace algunos días, pero cuando él le promete cumplir con cualquier cosa que le competa, por ejemplo, con su espada, Elicia razona con su prima; «¿Qué más le pides? Por mi vida, que le hables y pierdas enojo, pues tan de grado se te offresce con su persona» (555-566). Areúsa cede, manifestando a Centurio: «Yo te perdono con condición que me vengues de un cavallero que se llama Calisto, que ha enojado a mí y a mi prima» (566). Es contra Calisto y no de Melibea que Areúsa busca vengarse.

Todo queda concertado para esa misma noche, mientras que Centurio se jacta de su espada y los muertos que ha causado. Aunque a Areúsa no le importe que Calisto muerda, a Elicia sí, implorándole a Centurio: «No pase, por Dios, adelante; déle palos por que quede castigado y no muerto» (569).⁷ Aunque este Auto XVIII acaba con Areúsa expre-

6.- Muerta Celestina, Areúsa dice con orgullo a Elicia: «Pues prima, aprende, que otra arte es ésta que la de Celestina; aunque ella me tenía por bova, porque me quería yo serlo.» (562).

7.- Elicia, que ha mostrado un odio profundo hacia Melibea por los celos que siente cuando la alaba Sempronio en el Auto IX, no siente hacia Calisto la misma aversión que siente Areúsa, a quien le había interesado Calisto como un amante potencial, viviendo cerca de él (Auto XV). Casi revela su atracción por Calisto cuando asevera en el Auto IX: «No sé qué se ha visto Calisto [en Melibea], porque dexa de amar otras que más ligeramente podría haver y con quien más él holgasse...»

sando que las dos «holgarían» de cualquier muerte con su petición de no matar a Calisto, Elicia deja de figurar en lo que queda de la obra, los Autos XIX, XX, y XXI.

Éxplicit

En la *Tragicomedia de Calisto y Melibea* (de veintiún autos) Elicia (y también Areúsa) están más desarrolladas que en la *Comedia* (de dieciséis autos). Después de analizar las huellas de Elicia en los diálogos de los Autos I, III, VII, IX, XI, XII, XV, XVII y XVIII, y unas breves referencias en los Autos I, IV, y XIII, me atrevo a sugerir quién y cómo es, tanto directa como indirectamente, así como sus roles en la trama de la obra.

La hemos visto fingiendo, exagerando, gritando, vilipendiando, criticando y, especialmente, al final del Auto VII, valorándose a sí misma como una mujer participando de la filosofía del *carpe diem*, sin pensar en el futuro y viviendo en un presente de su propia cosecha. Elicia, al ver que los individuos o los eventos no evolucionan como le gustan, pierde rápidamente su equilibrio y se expresa con enojo, furia o desprecio, llegando hasta asumir como injurias personales palabras que otros no han dicho.

A lo largo de la *Tragicomedia*, Elicia no habla nunca en presencia de Calisto, Melibea, Alisa o Pleberio. Tampoco aparece dialogando directamente con Pármeno, Tristán, Sosia y Lucrecia. Sus interlocutores son, principalmente, Celestina, Sempronio y Areúsa y, en menor grado, Centurio.

Elicia se queja de su ‘madre’ Celestina por su mala memoria y ausencias en momentos que debería estar en casa para ejercer sus oficios. Tampoco le gusta que esté tantas veces de noche por la calle. Es importante resaltar que se niega a ejercer los oficios de su madre protectora, a pesar de que su abuela era quien instruyó a la alcahueta. Pero valora bien y mucho a Celestina como madre y regente de la casa-burdel en la que trabaja; también por regalarle muchas cosas, por honrarla, encubrirla y por hacerla ser conocida en toda la ciudad y arrabales.

Muerta su protectora, Elicia no quiere ir a vivir con Areúsa porque cree que todos la conocen y seguirán buscándola, sabiendo que sigue en la casa de la difunta alcahueta. Pero pronto se da cuenta de su equivocación. En pocos días aprende rápidamente que todo estaba más en su imaginación que en la realidad. La casa de Celestina ya no se visita. Finalmente, decide dejar la ropa de luto y volver a ejercer su profesión de prostituta, tal vez en casa de Areúsa.

En cuanto a Areúsa, son primas y amigas y Elicia nunca se ha enfadado con ella; al contrario, será su admiradora cuando escuche cómo seduce a Sosia (Auto XVII). La única pequeña diferencia entre ambas sucede cuando Areúsa quiere que Centurio mate a Calisto con su espada y Elicia se opone, deseando para Calisto solo palos y no la muerte.

Es en su relación con Sempronio donde podemos apreciar más las contradicciones del personaje. Elicia sí quiere a Sempronio, y él a ella. Le declara su esperanza está en él y que es el fin de todo su bien (Auto I). A pesar de su enojo con su enamorado en la escena de Crito (Auto I) —al acompañar Sempronio a Celestina a su casa más tarde— acabarán

(422, énfasis añadido). Los lectores podrán intuir que Areúsa habla se sí misma que, por vivir cerca de Calisto, le ve con frecuencia y le desea como amante.

haciendo el amor ese mismo día (Auto III). Celestina le echa en cara en el mismo Auto III que le ama mucho. Y en el Auto IX, poco después de su explosión furiosa al escuchar a Sempronio calificar de 'gentil' a Melibea, vuelve a hacer el amor. Y solo «el solaz es derramado» cuando llama a la puerta Lucrecia, aunque continuará 'el solaz' al salir Celestina con Lucrecia para ver a la dolida Melibea. Elicia en el Auto XV, ya muerto Sempronio, se da cuenta de que «pierdo amigo, y *tal que nunca faltava a mí marido*» (énfasis añadido). De nuevo vemos a una muchacha celosa que no tolera que el hombre que ama preste atención a otra mujer que no sea ella.

Elicia es correspondida por un Sempronio que la loa mucho delante de Calisto (Auto I). Celestina en el Auto III comenta que su pupila ama mucho a Sempronio. El criado, a su vez, declara a Pármeneo en el Auto VIII que ama a Elicia, mientras en el Auto IX se dirige a ella llamándola: «mi señora, mi vida, mis amores.» Y en el mismo auto, se presenta delante de ella como «otro Calisto,» jactándose de que «tal joya gané». En la obra, no hay ninguna indicación de que Sempronio haya sido un amador infiel a su amada. Pero ella es prostituta profesional y, en su furia contra su enamorado, recurre a su profesión, espetándole —seguramente mintiendo— cómo recibe a clientes a los que ella quiere más y que no van buscando enojarla (Auto IX), como acusa a Sempronio de hacer a menudo.

Es esta la Elicia a quien los autores de la obra han caracterizado exquisitamente: una joven prostituta que se ha enamorado de alguien que no es un cliente que le paga por sus servicios; una joven que no piensa en el futuro y solo quiere vivir el momento, capaz de querer, amar y al mismo tiempo quejarse o enfadarse con sus próximos si no cumplen con sus deseos y/o exigencias; una joven que al enfrentarse con la muerte de sus seres queridos cambiará de sus ideales y pensará en el futuro, un porvenir que no se desarrollará en el texto de la *Tragicomedia*. Los autores nos presentan así a una Elicia que se apercibe de que la vida pasada no será ya como la futura.

Elicia, en fin, es un personaje coherente con un desarrollo psicológico que le hace ser creíble hasta en sus momentos de mayor frustración cuando pierde su equilibrio y habla sin pensar. Sus emociones volátiles están en perfecta consonancia con el diálogo que los autores le han asignado y con lo que los demás personajes piensan de ella. Aún así, le esperan nuevos caminos y otras realidades después de la pérdida de las dos personas que más quería: Celestina y Sempronio.

